

Prevalencia, factores de riesgo y problemáticas asociadas con la violencia en el noviazgo: una revisión de la literatura

Prevalence, risk factors, and problems associated with dating violence:
A literature review

CÉSAR ARMANDO REY ANACONA*

*Grupo de Investigación en Psicología Clínica y de la Salud
Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia*

Abstract

The physical, psychological and sexual violence among the couples of adolescents and young adults that are not married neither cohabiting (well-known generally as “dating violence”), has been object of a vast number of investigations in the last two decades that show a high prevalence inside the adolescent and juvenile population. The objective of this work was to carry out an analysis of the literature in connection with the prevalence, risk factors and difficulties associated with this partner violence type. This analysis allowed to elaborate an outline of the factors that could favor the acts of violence, including the previous experiences of victimization inside and outside the family, the acceptance of the violence toward the couple, and the relationship with pairs that have exercised this form of violence.

Key words: dating violence; adolescents; prevalence; risk factors.

Resumen

La violencia física, psicológica y sexual entre las parejas de adolescentes y adultos jóvenes que no se encuentran casados ni conviviendo (conocida generalmente en inglés como *dating violence*), ha sido objeto de un vasto número de investigaciones en las últimas dos décadas, las cuales muestran que su prevalencia es preocupantemente alta dentro de la población adolescente y juvenil. El objetivo de este trabajo fue realizar un análisis de la literatura en relación con los estudios de prevalencia, los factores de riesgo y las dificultades asociadas con dicha forma de violencia de pareja. Este análisis permitió elaborar un esquema de los factores que podrían favorecer la realización de actos de violencia por parte de adolescentes y adultos jóvenes, que incluye aspectos como las experiencias previas de victimización dentro y fuera de la familia de origen, la aceptación de la violencia en la pareja y la relación con pares que han ejercido dicha forma de violencia.

Palabras clave: violencia de pareja; adolescentes; prevalencia; factores de riesgo.

* Correspondencia: César Armando Rey Anacona. Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, Facultad de Ciencias de la Salud, Escuela de Psicología, Calle 24 No. 5-63, Antiguo Hospital San Rafael, Tunja, Colombia. Correo electrónico: reycesar@gmail.com.

Introducción

La violencia de pareja ha generado mucho interés dentro de los organismos oficiales y los investigadores debido a los graves efectos que acarrea tanto en sus víctimas directas como en las indirectas. Estas consecuencias incluyen desde las secuelas de tipo físico para quien la recibe (v. g., lesiones, incapacidades permanentes, pérdida gradual de capacidades físicas, etc.), hasta un conjunto de trastornos del comportamiento y las emociones como la depresión, el estrés postraumático, las fobias específicas, el consumo de sustancias, los intentos de suicidio y los trastornos de la alimentación (Krug, Dahlberg, Mercy, Zwi y Lozano, 2003; Navarro y Pereira, 2000; Guerrero y colaboradores, 2001). Estos efectos van más allá de las secuelas físicas y emocionales ya que influyen negativamente sobre la capacidad productiva, económica y social de las víctimas. El Instituto Colombiano de Medicina Legal y Ciencias Forenses (2005), por ejemplo, estimó una pérdida de 48.507 años de vida saludable, en las 36.901 víctimas de violencia de pareja que evaluó en 2004.

Los niños y niñas que presencian violencia entre los padres, por su parte, exhiben diferentes problemas emocionales y de conducta, incluyendo miedos, agresividad, desafío a la autoridad, destructividad, fracaso escolar y mala relación con los compañeros (Bonino, 1999; Sarquis, 1995).

Por definición, la violencia de pareja no solo se extiende a las parejas casadas o en convivencia, sino a las parejas de novios o de otra índole en donde existe una relación afectiva y sexual, sean o no del mismo sexo, pudiéndose entender como “cualquier comportamiento dentro de una relación íntima que causa daño físico, psíquico o sexual a los miembros de la relación” (Krug et al., 2003, p. 97). Se considera que esta forma de violencia incluye actos de agresión física como cachetadas, puños, patadas, empujones, sofocaciones, ataques con un arma, etc., así como agresiones verbales y emocionales, como intimidaciones; denigraciones; humillaciones; amenazas; llamar a la otra persona con nombres peyorativos, criticarla, insultarla y devaluarla constantemente; acusarla falsamente, culparla por situaciones negativas; ignorarla, minimizarla o ridi-

culizar sus necesidades, y actos que atentan contra sus derechos sexuales y reproductivos, como las relaciones sexuales forzadas, la exposición a actividades sexuales indeseadas, el uso del sexo como forma de presión y manipulación, y las críticas por el desempeño o la apariencia sexual.

Otras conductas consideradas actos de violencia en la pareja son aquellas en donde se busca dominar a la otra persona, como aislarla de su familia y amigos, vigilar sus movimientos y restringir su acceso a fuentes de información o asistencia, así como aquellos comportamientos que afectan económicamente a la otra persona, como hacerla depender o explotarla económicamente (Instituto Colombiano de Medicina Legal y Ciencias Forenses, 2005; Krug et al., 2003; Ministerio de Salud de Colombia, 1999).

Violencia en el noviazgo

La violencia en las relaciones de parejas jóvenes que no conviven o no se encuentran casadas (llamada comúnmente en inglés *dating violence*, según Chung, 2005), ha sido definida como aquella en donde ocurren actos que lastiman a la otra persona, en el contexto de una relación en la que existe atracción y en la que los dos miembros de la pareja se citan para salir juntos (Close, 2005). Wolfe y otros (1996) la definen como cualquier intento por controlar o dominar a una persona física, sexual o psicológicamente, generando algún tipo de daño sobre ella, mientras que Sugarman y Hotaling (1989) la entienden como la utilización o la amenaza de realización de actos de fuerza física y otras restricciones dirigidas a causar dolor o algún tipo de lesión sobre otra persona.

Si bien el rango de relaciones en donde podría presentarse esta forma de violencia es amplísimo, ya que puede incluir desde relaciones formales de noviazgo hasta relaciones germinales que tienen en común la atracción interpersonal y el hecho de citarse para salir, los comportamientos agresivos que pueden darse en este tipo de relaciones varían muchísimo en función y amplitud (Cornelius y Resseguie, 2007). Existe evidencia que señala que las agresiones de tipo psicológico se presentan antes que las de tipo físico (Muñoz-Rivas, Graña, O’Leary & González, 2007). Un estudio realizado

por O'Leary y Smith Slep (2003), con muestras de adolescentes varones y mujeres que habían mantenido una relación de noviazgo durante un mínimo de tres meses, encontró que la agresión psicológica predecía la agresión física y que esta última tendía a ser muy estable durante la historia de la relación.

Sears, Byers y Price (2007), por su parte, examinaron la prevalencia y concurrencia de conductas de maltrato físico, psicológico y sexual hacia la pareja, entre 633 adolescentes entre 12 y 18 años de edad (324 varones y 309 mujeres), de grados séptimo, noveno y undécimo, vinculados a cuatro escuelas de una pequeña provincia de Canadá. Si bien encontraron que el 18% de los adolescentes varones había informado solamente la ejecución de conductas de maltrato psicológico, un 6% también informó que había ejecutado tanto actos de violencia física como psicológica, y otro 6% reportó la realización de actos de violencia psicológica y sexual. Además, los autores hallaron que un 5% de estos adolescentes había ejercido actos de los tres tipos de violencia.

El porcentaje de adolescentes mujeres que informaron la realización de actos de violencia física y psicológica fue mucho mayor (23%), aunque un porcentaje más bajo reportó la ejecución de actos de violencia de los tres tipos (2%). Sears y sus colegas también encontraron que la proporción de adolescentes de los dos géneros que utilizaban los tres tipos de conductas violentas, se incrementaba conforme aumentaba el grado de escolaridad, lo cual señala que en las parejas en donde se han presentado incidentes de violencia, esta tiende a diversificarse a medida que pasa el tiempo.

Según Rodríguez, Antuña y Rodríguez (2001) la violencia en las parejas no casadas o en convivencia presenta dos características que la diferencian de la violencia en el matrimonio: a) La edad de sus agresores y víctimas es ostensiblemente menor que la de las parejas casadas, ubicándose en la adolescencia o en la adultez temprana, y b) las razones por las cuales se presentan y continúan las agresiones parecen ser distintas a las de la violencia conyugal, ya que no existe de por medio una responsabilidad paternal, contractual o dependencia económica. Weisz, Tolman, Callahan, Saunders y Black (2007), a su vez, sugieren que un posible

factor de riesgo para la violencia en las relaciones afectivas en la adolescencia es que los adolescentes no están suficientemente preparados para responder a los problemas que se presentan en las relaciones románticas.

Varios autores han señalado, por otra parte, que la violencia en este tipo de relaciones podría predecir la violencia durante el matrimonio o la convivencia (Browne y Herbert, 1997; Rodríguez, Antuña y Rodríguez, 2001; Muñoz-Rivas et al., 2006), en particular entre las mujeres (Centers for Disease Control and Prevention, 2006). Además, dicha forma de violencia parece ser un factor de riesgo para varias dificultades de salud, como el abuso de sustancias, el sexo inseguro, las conductas inadecuadas de control de peso, la baja autoestima y los intentos de suicidio. Por ello, resulta justificable brindarle una mayor atención, tanto como la que tiene la violencia en las relaciones adultas (Centers for Disease Control and Prevention, 2006; Matud, 2007; Howard & Wang, 2003; Muñoz-Rivas et al., 2007; Silverman, Raj, Mucci y Hathaway, 2001).

Prevalencia

Los estudios que se han realizado en las últimas dos décadas sobre la prevalencia de esta forma de violencia de pareja han revelado que este fenómeno es más común de lo que anteriormente se pensaba. De acuerdo con Lewis y Fremouw (2001), este tipo de violencia antes era considerado insignificante o muy raro, por lo que la investigación especializada se había centrado en las parejas maritales o en convivencia.

La mayoría de los estudios de prevalencia de este tipo de violencia se han realizado, por obvias razones, con adolescentes y jóvenes adultos, analizándose ya sea su perpetración, su victimización o ambas circunstancias. En Estados Unidos, de donde proviene buena parte de la literatura sobre este tema, la prevalencia de adolescentes víctimas de alguna forma de violencia por parte de su pareja oscila entre el 18 y el 32% (Howard y Wang, 2003). De acuerdo con Cornelius y Resseguie (2007), existen además datos que muestran que cuando en la investigación de dicha prevalencia se incluye la agresión de tipo verbal, esta prevalencia puede incrementarse hasta en un 88%. Como se podrá

observar más adelante, los datos provenientes de diferentes estudios señalan que la violencia verbal tiende a ser la más frecuente, mientras que la física y la sexual exhiben tasas de prevalencia ostensiblemente menores.

Silverman, Raj, Mucci y Hathaway (2001) hallaron una tasa de 20,2 y de 18% de mujeres adolescentes víctimas de violencia física y sexual por parte de su pareja, respectivamente, en dos estudios en los que se examinó la conducta de riesgo durante la adolescencia por medio del Youth Risk Behavior Survey (Examen de Conducta de Riesgo Juvenil), realizados en Massachussets (Estados Unidos) en 1997 y 1999, respectivamente, mientras que Howard y Wang (2003) encontraron que una de cada diez adolescentes de noveno a duodécimo grado había sido objeto de violencia física por parte de su pareja, en un estudio de encuesta realizado a nivel nacional en Estados Unidos durante 1999 con una muestra de 7.824 adolescentes.

Los Centros para la Prevención y el Control de la Enfermedad de Estados Unidos (Centers for Disease Control and Prevention, 2006), por su parte, hallaron una porcentaje de 8,9% y de 8,8% de varones y mujeres, respectivamente, que habían sido objeto de violencia física por parte de su pareja, entre 15.214 adolescentes de noveno a duodécimo grado, vinculados a escuelas públicas y privadas de 50 estados y el distrito de Columbia, examinados en 2003 por medio del instrumento ya mencionado.

Sears, Byers y Price (2007) encontraron que el 43% de los adolescentes y el 51% de las adolescentes de su estudio habían ejercido alguna conducta de maltrato físico, psicológico o sexual hacia su pareja. En particular, hallaron que el 35%, el 15% y el 17% de los varones habían realizado actos de violencia psicológica, física y sexual, respectivamente, mientras que un 47%, un 28% y un 5% de las mujeres había ejecutado actos de la misma naturaleza, respectivamente. Estos resultados señalan que las mujeres ejercen mayoritariamente más actos de violencia psicológica y física que los varones, si bien menos actos de violencia sexual que estos.

Schiff y Zeira (2005) encontraron, en ese sentido, una tasa significativamente mayor de varones que habían reportado forzar a su pareja a tener

relaciones sexuales, en comparación con las mujeres (1,9% vs. 12,2%), entre 105 adolescentes con problemas académicos vinculados a seis escuelas públicas de Jerusalén. No obstante, Molidor (1995) no encontró diferencias significativas entre los dos géneros a nivel de la prevalencia de violencia psicológica, al estudiar 736 estudiantes de secundaria del medio oeste norteamericano.

Rivera-Rivera, Allen, Rodríguez, Chávez y Lazcano (en prensa), por su parte, estudiaron la prevalencia de violencia física y psicológica entre 7.960 estudiantes de escuelas públicas de la provincia de Morelos (México), los cuales presentaban edades entre 11 y 24 años y debían de haber tenido al menos una relación de pareja (participaron 4.587 mujeres y 3.373 varones en total). Los datos fueron recolectados por medio de un cuestionario que recogía información sociodemográfica y sobre conductas de riesgo para la salud, violencia intrafamiliar y violencia en las relaciones de pareja en la adolescencia.

Estos investigadores hallaron una prevalencia de 4,21% de mujeres y de 4,33% de varones que habían ejercido violencia psicológica, así como una prevalencia de 20,99% y 19,54% de mujeres y de varones, respectivamente, que habían llevado a cabo actos de violencia física. Un 7,48% de las mujeres y un 5,51% de los varones había ejercido tanto violencia verbal como física. También encontraron una prevalencia de 9,37% de mujeres y de 8,57% de varones que habían sido víctimas de violencia psicológica, así como un 9,88% de mujeres y un 22,71% de varones víctimas de violencia física (el 8,63% y el 15,15% de las mujeres y los varones, respectivamente, fueron objeto de los dos tipos de violencia). Contrariamente a los resultados obtenidos por Sears y sus colegas (2007), estos datos no señalan diferencias sustanciales entre la prevalencia de victimarios de violencia física y psicológica y son coherentes con la observación realizada por Miller y White (2003), quienes citan datos que indican que los varones son las principales víctimas de actos de violencia física entre las parejas de adolescentes y adultos jóvenes.

Muñoz-Rivas y sus colegas (2007) analizaron la prevalencia de conductas agresivas de tipo verbal y físico entre 2.416 adolescentes y adultos jóvenes

de 16 a 20 años de edad (1.416 mujeres y 1.000 varones), vinculados a 36 escuelas de secundaria de Madrid (España). Los participantes debían tener una relación heterosexual y no estar casados. Utilizando la Modified Conflict Tactics Scale (Escala Modificada de Tácticas de Conflicto), estos investigadores encontraron una prevalencia de 95,3% y de 92,8% de mujeres y de varones, respectivamente, que habían ejercido conductas verbales agresivas, así como una prevalencia de 2% y 4,6% de mujeres y de varones, respectivamente, que habían llevado a cabo actos de agresión física. Estos datos confirman que las agresiones verbales son las más comunes y señalan que este tipo de agresiones son realizadas más frecuentemente por las mujeres, aunque estos datos son contrarios a los hallazgos de estudios que revelan que las mujeres ejercen mayoritariamente actos de violencia física, comparados con los varones.

A diferencia de los anteriores estudios, en los cuales no se discriminó la tendencia sexual de los participantes o solo se incluyeron participantes heterosexuales, en el estudio de Freedner, Freed, Yang y Austin (2002) se examinó la prevalencia de violencia de acuerdo con dicha orientación, entre 521 adolescentes y adultos jóvenes entre 13 y 22 años de edad, a los cuales se encuestó en una reunión por los derechos de *gays*, lesbianas, bisexuales y transsexuales, realizada en el noreste de Estados Unidos. En este estudio se recolectó información sobre el sexo, la orientación sexual de los encuestados y los tipos de violencia que eventualmente habían sufrido por parte de su pareja o en una cita, incluyendo el control, la violencia emocional, física y sexual, amenazas de terminación de la relación (*threatened to be outed*) y amenazas a la seguridad personal (*scared for safety*). De los 171 participantes varones, el 59,1% se declararon *gays*, el 12,3% bisexuales y el 28,7% heterosexuales, mientras que de las 350 mujeres, el 23,7% se declararon lesbianas, el 36,6% bisexuales y el 39,7% heterosexuales.

Los investigadores encontraron que el 41,5% de todos los varones había sido objeto de violencia, así como el 44,6% de los *gays*, el 57,1% de los bisexuales y el 28,6% de los heterosexuales, mientras que el 37,1% de todas las mujeres lo fue también, así como el 43,4% de las lesbianas, el 38,3% de las

bisexuales y el 32,4% de las heterosexuales. Los varones no difirieron sustancialmente de las mujeres en relación con la violencia de control (24,6% vs. 22,3%), emocional (19,3% vs. 19,7%) y física (12,3% vs. 12,6%), aunque sí a nivel de la violencia sexual (11,1% vs. 16,3%), las amenazas de terminación de la relación (7,6% vs. 5,4%) y las amenazas a la seguridad personal (7,6% vs. 5,4%).

En resumen, los datos de los estudios de prevalencia de violencia en parejas jóvenes no casadas, sin distinción del sexo de las parejas, indican que la violencia verbal es más frecuente, seguida por la violencia psicológica, la violencia física y verbal. También señalan que las mujeres son más victimizadas a nivel sexual que los varones y que no existen, en general, diferencias muy marcadas en relación con el porcentaje de varones y mujeres adolescentes que ha ejercido o ha sido víctima de alguna forma de violencia (Matud, 2007; Weisz et al., 2007), a diferencia de las parejas casadas, en donde la frecuencia de mujeres victimizadas tiende a ser mayor que la de los varones (Krug et al., 2003). No obstante, estos mismos datos muestran que las tasas de prevalencia varían de acuerdo con los tipos de violencia examinados (Hanson, 2002), la definición operacional de violencia y los instrumentos utilizados (Lewis y Fremouw, 2001).

En Colombia no se han realizado investigaciones sobre la prevalencia o los factores de riesgo de la violencia en este tipo de parejas, aunque las cifras con las que se cuenta indican que esta podría ser muy frecuente dentro de la población juvenil colombiana. Así, por ejemplo, el Instituto Colombiano de Medicina Legal y Ciencias Forenses (2005) encontró que un 25,43% de los 34.704 casos que dictaminó en 2004 (8.379 mujeres y 447 varones), correspondía a personas entre los 18 y los 24 años de edad y que otro 2,51% (848 mujeres y 25 varones) concernía a personas entre 15 y 17 años de edad. El mayor porcentaje de casos (42,44%), por su parte, se encontró en el rango de 25 a 34 años de edad (13.568 mujeres y 1.162 varones). Este y otros estudios de prevalencia de la violencia de pareja en general, confirman que esta es más frecuente entre las parejas jóvenes (véase Krug et al., 2003), lo que indica que las campañas de prevención secundaria y terciaria de dicha forma de violencia deberían de

dirigirse a los y las adolescentes y adultos jóvenes (Cornelius y Resseguie, 2007; Matud, 2007).

Factores de riesgo

Los factores de riesgo de la violencia en las parejas jóvenes que han sido más estudiados son la observación de violencia entre los padres, la aceptación de la violencia en la relación de pareja, tener amigos o conocidos que han sido víctimas o victimarios de dicha violencia, los roles tradicionales de género y la experiencia de haber sido víctima de violencia por parte de la pareja o en la familia de origen (Matud, 2007; Sears et al., 2007; Smith, Winokur y Palenski, 2005). Sears y sus colegas han señalado que estos factores han sido estudiados exhaustivamente en relación con la violencia física, pero no en cuanto a la violencia psicológica y menos aún con respecto a la violencia sexual. Los factores que se han examinado en lo concerniente a la violencia psicológica son, según estos autores, la experiencia de maltrato en la familia de origen, haber sido testigo de maltrato psicológico en dicha familia y el conocimiento de pares que han ejercido ese tipo de maltrato.

Con el fin de obtener mayor información en relación con los factores de riesgo de los tres principales tipos de maltrato en este tipo de parejas jóvenes (física, psicológica y sexual), Sears y sus colegas (2007), en su investigación previamente reseñada, examinaron la relación entre haber ejercido alguna de estas formas de violencia y los siguientes factores: Grado educativo (séptimo, noveno o undécimo), actitudes conservadoras hacia la mujer, aceptación del uso de la violencia en la pareja, temor a ser objeto de violencia en la familia, afiliación con pares que habían ejercido violencia física o sexual hacia su pareja y haber sido objeto de violencia.

Los autores encontraron que los adolescentes varones que habían ejercido los tres tipos de violencia presentaban actitudes más conservadoras en relación con la mujer, aceptación de la violencia en la pareja, miedo de ser objeto de violencia en la familia de origen, afiliación con pares que habían ejercido maltrato sexual a su pareja y habían experimentado alguna de estas formas de violencia previamente. Los adolescentes que informaron la

ejecución de actos de maltrato sexual, en particular, mostraron mayor aceptación de esta forma de violencia en la pareja, conocían pares que habían ejercido esta forma de maltrato y no habían sido objeto de violencia física o psicológica.

Las adolescentes que habían ejecutado los tres tipos de maltrato en mención, tendían a presentar un grado educativo mayor (undécimo), actitudes de aceptación de la violencia en la pareja de tipo físico y psicológico, relación con pares que habían ejercido maltrato físico y sexual a su pareja, y experiencias de violencia de alguno de los tres tipos. Sin embargo, no presentaban actitudes conservadoras hacia la mujer, ni miedo a ser víctima de violencia en la familia. Las adolescentes que habían ejercido maltrato psicológico presentaban, en particular, una menor aceptación del uso de la violencia física en la pareja y habían experimentado maltrato de tipo psicológico.

En su conjunto, los resultados de la investigación de Sears y sus colegas muestran que el tipo de violencia ejercido depende en parte del tipo de violencia al cual ha estado expuesto el individuo tanto directamente (en su familia de origen o por parte de una pareja) como indirectamente (a través del conocimiento de los tipos de violencia que ejercen sus conocidos con sus parejas).

Roles tradicionales de género. La ausencia de diferencias poco marcadas entre el número de varones y mujeres que han ejercido actos de maltrato hacia su pareja en la adolescencia, en comparación con las proporciones encontradas entre las parejas adultas casadas o en convivencia, ha llevado a cuestionar el papel de los roles tradicionales de género en la violencia durante el noviazgo y en las relaciones similares (Chung, 2005; Miller y White, 2003). Tradicionalmente, la violencia de pareja ha sido examinada a la luz de dichos papeles de género, resaltándose cómo la dominación social y cultural del hombre sobre la mujer desempeña un papel decisivo en la probabilidad de que las mujeres sean víctimas de violencia por parte de su pareja (v. g., Bonino, 1999; Corsi, 1995; Guerrero y colaboradores, 2001; Stordeur y Stille, 1989), sustentándose dicho papel con las cifras marcadamente superiores de mujeres víctimas de violencia por parte de su

pareja (v. g., Krug et al., 2003). Desde este punto de vista, se tiende a asumir que la violencia de la mujer hacia el hombre obedece a una reacción defensiva en contra de la violencia experimentada, de manera que se interpreta más como una forma de violencia reactiva que instrumental (Miller y White, 2003).

Muñoz-Rivas y sus colegas (2007), en su estudio ya reseñado, encontraron que las mujeres tendían a reportar, en mayor medida que los varones, que sus actos de violencia física se debían a que “Estaba furiosa y lo atacé primero”, mientras que estos últimos tendían a informar más que las mujeres, que su pareja los había atacado primero y ellos habían respondido ante dicho ataque. Estos resultados desvirtúan la afirmación de que la violencia femenina en la pareja es fundamentalmente reactiva pero no instrumental, aunque señalan que las reacciones violentas de las mujeres tienen una mayor carga emocional.

Miller y White (2003) estudiaron la naturaleza, las circunstancias y los significados de la violencia en la pareja, entre 32 mujeres y 38 varones afroamericanos de entre 12 y 19 años de edad, que vivían en barrios de alta peligrosidad de Saint Louis, Missouri (Estados Unidos); estos adolescentes se consideraban en alto riesgo de delinquir o se encontraban envueltos en actividades delictivas. Por medio de entrevistas en profundidad, estos investigadores encontraron que los actos de violencia de los varones tendían a explicarse y justificarse por conductas de la mujer y como una forma de reafirmar el orden “natural” entre los géneros, mientras que los actos de violencia de las mujeres tendían a atribuirse a situaciones de infidelidad y frustración por el desapego emocional de su pareja y a caracterizarse por un alto contenido emocional.

Estos resultados señalan que la violencia masculina podría favorecerse por actitudes y creencias tradicionales de género, y que la violencia femenina en la adolescencia entrañaría cierta instrumentalidad, en un círculo vicioso en el cual los varones son infieles y emocionalmente desapegados debido a las mismas expectativas de género, y las mujeres terminan utilizando actos de violencia como una alternativa que buscaría generar una mayor equidad dentro de la pareja.

Los resultados del ya reseñado estudio de Sears y sus colegas (2001), en el cual se halló una tendencia hacia actitudes conservadoras sobre el rol de la mujer entre los varones que habían ejercido actos de maltrato físico, psicológico y sexual, pero no entre las mujeres que habían cometido estos mismos tipos de actos, y en donde también se encontró que tanto los varones como las mujeres aceptaban el uso de la violencia en su pareja, señalan claramente que la violencia en las parejas jóvenes obedece, indistintamente del género, a un asunto instrumental, posiblemente mediado, en el caso de los varones, por una búsqueda de reafirmación de la masculinidad y, en el caso de las mujeres, por una búsqueda de equidad.

Aceptación y justificación de la violencia. Los estudios muestran que la probabilidad de ejecutar actos de maltrato hacia la pareja se incrementa claramente si tanto la víctima como el victimario aceptan su ejercicio como algo natural o posible en la relación de pareja (Smith et al., 2005; e. g., Carlson, 1990; Foshee et al., 1999). Los datos aportados por Carlson (1990), Fredland y sus colegas (2005), Kinsfogel y Grych (2004) y Sears y sus colegas (2007), muestran que esta aceptación de la violencia depende no solo de haber presenciado violencia en la familia de origen, como ya se señaló, sino de la influencia y el conocimiento del uso de diferentes formas de maltrato por parte de *pares conocidos*, lo cual evidencia el importante papel que tiene la familia y el grupo de iguales como posibles modelos de aprendizaje y de legitimación de la violencia en las relaciones de pareja.

En los adolescentes y adultos jóvenes de bajos recursos económicos parece que una posible justificación de la violencia hacia la mujer radica en la reafirmación de los roles tradicionales de género, como se desprende de los datos ofrecidos por Miller y White (2003), ya comentados, y los proporcionados por Barker y Loewenstein (1997), quienes encontraron una amplia aceptación del uso de la violencia hacia la mujer y creencias machistas entre 127 adolescentes y adultos jóvenes de escasos recursos de Río de Janeiro (Brasil). Los resultados del estudio de Miller y White (2003) y los de Muñoz-Rivas y sus colegas (2007) coinciden en señalar la

influencia de emociones negativas como la ira en la ejecución de actos de agresión física o verbal hacia la pareja por parte de las mujeres victimarias, mientras que la agresión como forma de reafirmación sería uno de los principales móviles de la agresión masculina en las parejas jóvenes involucradas en ese tipo de incidentes.

Exposición a violencia y victimización en la familia de origen. Una característica encontrada constantemente, tanto en víctimas como victimarios de violencia de pareja, es la experiencia de haber presenciado o haber sido víctima de violencia en la familia de origen (e. g., Fernández-Montalvo y Echeburúa, 1997; Klevens, 2001; Langhinrichsen-Rohling, Neidig y Thorn, 1995; Matud et al., 2003; Rey, 2002; Rubiano, Hernández, Molina, Gutiérrez y Vejarano, 2003). Esta misma circunstancia también ha sido encontrada repetidamente entre las víctimas y victimarios de violencia en parejas jóvenes no convivientes (v. g., Ackard y Neumark-Sztainer, 2002; Foshee, Bauman y Linder, 1999; Gagné, Lavoie y Hébert, 2005; Kinsfogel y Grych 2004; Rich, Gidycz, Warkentin, Loh y Weiland, 2005; Rivera-Rivera et al., en prensa; Sears et al., 2007; Wolfe, Scott, Wekerle y Pittman, 2001; Yanes y González, 2000).

Foshee y sus colegas (1999), por ejemplo, examinaron un grupo de 1.965 estudiantes de octavo y noveno grado y encontraron una relación entre el ejercicio de dicha violencia y haber presenciado o haber sido objeto de violencia en su familia de origen, mediada, independientemente del género, por la aceptación de dicha violencia y un estilo agresivo de resolución de conflictos. Rivera-Rivera y sus colegas (en prensa), por su parte, encontraron que la experiencia de haber sido objeto de violencia intrafamiliar se asociaba tanto con la victimización como con la perpetración de violencia en la pareja, tanto en los varones como en las mujeres, en la muestra de adolescentes mexicanos ya descrita.

Wolfe y sus colegas (2001), a su vez, compararon los y las adolescentes que habían sido objeto de malos tratos en su familia con aquellos(as) que no, en una muestra de 1.419 adolescentes vinculados a diez escuelas de secundaria de Ontario (Canadá). Los autores hallaron que las adolescentes maltra-

tadas tenían una probabilidad mayor de exhibir dificultades relacionadas con la ira, la depresión, la ansiedad y el estrés postraumático, así como un mayor riesgo de delincuencia violenta y no violenta y de portar armas furtivamente, mientras que los adolescentes de dicho grupo mostraron una mayor probabilidad de exhibir niveles clínicos de depresión, estrés postraumático y disociación y de presentar conductas amenazantes o maltrato físico hacia sus parejas.

Kinsfogel y Grych (2004), en la misma línea, evaluaron 391 adolescentes varones y mujeres entre los 14 y 18 años de edad, cuyos padres habían estado en conflicto, encontrando que los adolescentes varones que habían presenciado mayor conflicto interparental veían con mayor naturalidad la agresión en las relaciones románticas, tenían mayores dificultades para manejar la ira y creían que la violencia era común en las relaciones de pareja. Yanes y González (2000), por otro lado, dividieron a un grupo de 176 adolescentes (98 mujeres y 78 varones) en “tradicionales” y “menos tradicionales” y los compararon en sus teorías implícitas sobre el papel social y familiar de la mujer, encontrando que los primeros tendían a responsabilizar más a las mujeres en los conflictos de pareja. También hallaron que a medida que aumentaba el nivel de violencia observado entre los padres, se incrementaba la responsabilidad que se atribuía a los dos miembros de la pareja en los conflictos, así como la frecuencia y la gravedad de dichos conflictos.

Rich y sus colegas (2005) realizaron un estudio longitudinal con 551 estudiantes universitarias de 18 y 19 años de edad, vinculadas a una institución universitaria del medio oeste norteamericano, entre quienes examinaron la historia de violencia en la familia de origen, la presencia de trauma y depresión y de dificultades interpersonales en la primera medición, y la victimización por parte de su pareja y otros variables psicológicas en la segunda medición (dos meses después). Los autores hallaron que los malos tratos tanto por parte del padre como de la madre predecían la victimización de violencia en la pareja y, en particular, que los problemas interpersonales y los malos tratos por parte de los padres predecían la victimización de tipo sexual.

Carlson (1990), finalmente, comparó a un grupo de adolescentes varones y mujeres que habían presenciado violencia entre sus padres con otro que no, encontrando que los varones del primer grupo mostraban una mayor probabilidad de presentar pensamientos suicidas, huir y maltratar físicamente a la madre, que los del segundo grupo, aunque no encontró diferencias sustanciales entre los dos grupos de mujeres. O'Keefe (1998) también examinó las características de un grupo de adolescentes varones y mujeres que habían presenciado altos niveles de violencia entre sus padres, comparando aquellos y aquellas que habían ejercido o sido objeto de violencia por parte de su pareja, con aquellos(as) que no.

O'Keefe encontró que los varones que habían ejercido dicha forma de violencia diferían significativamente de su grupo de comparación por tener un bajo nivel socioeconómico, haber presenciado violencia en la escuela o en la comunidad, aceptar la violencia en el noviazgo y tener baja autoestima. Los que habían sido objeto de violencia por parte de su pareja también tenían un bajo nivel socioeconómico y aceptaban más la violencia en el noviazgo. Las mujeres que habían ejercido dicha forma de violencia, por su lado, se caracterizaron por haber presenciado violencia en la escuela o en la comunidad, tener un pobre desempeño escolar y haber sido objeto de malos tratos infantiles, mientras que las que habían sido objeto de dicha violencia también se caracterizaban por tener un pobre desempeño escolar y haber sido objeto de malos tratos infantiles.

En resumen, estos estudios sustentan la utilidad de la teoría del aprendizaje social para comprender la transmisión intergeneracional de la violencia (Browne y Herbert, 1997), evidenciando que la experiencia de malos tratos en la familia de origen normaliza el uso de la violencia para resolver los conflictos de pareja (Matud, 2007) y se convierte en un factor de riesgo tanto para la perpetración como para la victimización de violencia en la adolescencia y la juventud, junto con la aceptación de dicha violencia y el conocimiento de pares que han efectuado actos de esa naturaleza.

Experiencias de violencia previas. Si un adolescente ya ha sido víctima de violencia por parte de su pareja, es evidente que podría serlo nuevamente en una etapa posterior de su vida. Smith, White y Holland (2003) examinaron la relación entre haber sido objeto de ataques físicos y sexuales durante los años de universidad y haber sido objeto de malos tratos en: a) la infancia (v. g., abuso sexual, malos tratos físicos por parte de los padres o haber presenciado violencia entre los padres), y b) en la adolescencia (v. g., ataques físicos por parte de la pareja). Para ello reclutaron a 1.569 estudiantes universitarias de Carolina del Norte (Estados Unidos), que comenzaron a estudiar en la universidad a los 18 ó 19 años de edad y a quienes se les hizo un seguimiento durante los cuatro años de estudios universitarios.

Los autores hallaron que las mujeres maltratadas físicamente por su pareja en la adolescencia tenían una mayor probabilidad de ser objeto de ataques físicos o sexuales por alguna pareja durante los años universitarios. También hallaron que, en cualquiera de los cuatro años universitarios, la probabilidad de ser objeto de un ataque sexual era mayor si en el mismo año las participantes habían sido objeto de un ataque físico. Además, el riesgo de ser víctima nuevamente de violencia física en cualquiera de los años universitarios era mayor si ya se había tenido dicha experiencia antes.

Smith y sus colegas (2003) también encontraron que la victimización en la adolescencia predecía más los ataques físicos o sexuales durante los años universitarios que la victimización en la infancia, lo cual señala que las experiencias previas de violencia de pareja influyen más en la revictimización que las experiencias de maltrato en la familia de origen y otros experiencias de violencia de la infancia. De manera similar, Gagné, Lavoie y Hébert (2005) hallaron que los factores que se asociaban consistentemente con el hecho de haber sido víctima de violencia física, psicológica o sexual por parte de la pareja, entre 622 adolescentes mujeres de grados décimo y undécimo vinculadas a cinco colegios de niveles socioeconómicos medio y bajo de Montreal y Québec (Canadá), eran las experiencias previas con este tipo de violencia, el acoso sexual por parte de pares en la institución educativa y estar relacio-

nadas con pares que habían sido víctimas o victimarios de dicha forma de violencia. Los malos tratos por parte de los padres, la exposición a violencia entre los padres y haber sido objeto de abuso sexual dentro o fuera de la familia, no mostraron la misma consistencia que estos factores.

Foshee, Benefield, Ennett, Bauman y Suchindran (2004) estudiaron la victimización y cronicidad de la violencia física grave, en un estudio longitudinal de cuatro o cinco años, en el que participaron 1.291 adolescentes varones y mujeres de grados octavo y noveno de un condado de Carolina del Norte. Los investigadores hallaron que, en el caso de los varones, los factores que se asociaban con dicha victimización eran el haber sido maltratado físicamente por un adulto, la baja autoestima y haber estado involucrado en una pelea física, mientras que en las mujeres solo se asociaba el primero de estos factores. Los factores que se relacionaban con la victimización crónica de violencia de pareja eran, en el caso de los varones, el contar con un amigo que había sido víctima de violencia de pareja, el consumo de bebidas alcohólicas y la raza blanca, mientras que en el caso de las mujeres el único factor asociado fue el tener una familia de padre único.

Problemáticas asociadas

Los estudios en los cuales se han evaluado las dificultades de salud física y mental de los victimarios de violencia hacia la pareja en la adolescencia o la juventud, han encontrado que las principales problemáticas de ese tipo son el uso o abuso de sustancias psicoactivas, la conducta sexual de riesgo y diferentes problemas de conducta externalizante (v. g., peleas, ser miembro de una pandilla, etc.). Rivera-Rivera y sus colegas (en prensa), por ejemplo, encontraron que los victimarios de esta forma de violencia se caracterizaban frecuentemente por haber consumido drogas ilegales, pertenecer a una pandilla y haber tenido dos o más parejas en su historia sexual.

Las adolescentes, en particular, tendían a tener una edad mayor y a consumir bebidas alcohólicas. Chase, Treboux y O'Leary (2002), asimismo, compararon un grupo de adolescentes en riesgo de ejercer dicho tipo de violencia con otro sin dicho

riesgo, descubriendo que los varones del primer grupo habían ejercido actos de violencia hacia su última pareja con mayor probabilidad que los del segundo grupo y tenían una mayor probabilidad de haber consumido marihuana en el último año; también presentaban más conductas externalizantes, en comparación con el segundo grupo. Por su parte, las adolescentes del primer grupo exhibían un porcentaje mayor de conductas internalizantes y sus padres habían ejercido un menor grado de supervisión y control sobre ellas, que las adolescentes del segundo grupo.

Las adolescentes víctimas de violencia por parte de su pareja, por otro lado, comúnmente presentan conductas sexuales riesgosas, abuso de sustancias, embarazo, intentos de suicidio y conductas inapropiadas para controlar su peso corporal (v. g., uso de laxantes, inducción de vómito, etc., Matud, 2007). El estudio ya reseñado de los Centros para la Prevención y el Control de la Enfermedad de Estados Unidos (Centers for Disease Control and Prevention, 2006), así como los de Howard y Wang (2003), Kreiter, Krowchuk, Woods, Sinal, Lawless y Durant (1999) y Silverman y sus colegas (2001), encontraron, efectivamente, que dichas adolescentes tenían una mayor probabilidad de consumir sustancias ilegales, tener intentos de suicidio y presentar conductas sexuales de riesgo.

Rivera-Rivera y sus colegas (en prensa), por su parte, encontraron que las adolescentes víctimas de esta forma de violencia tendían a tener una edad mayor y a consumir bebidas alcohólicas, mientras que Roberts, Auinger y Klein (2005), examinando los datos proporcionados por 973 adolescentes sexualmente activas que tenían o habían tenido una pareja íntima en los últimos 18 meses, hallaron que aquellas que habían sido objeto de malos tratos verbales (v. g., insultos en público, amenazas), tenían una mayor probabilidad de que en su última relación sexual su pareja no hubiere utilizado preservativo. Las adolescentes que habían sido víctimas de actos de violencia física leve (v. g., lanzar cosas, empujones, apretones), además, informaron con mayor frecuencia haber estado en embarazo.

Son pocos los estudios sobre las conductas de riesgo para la salud más frecuentes entre los adolescentes víctimas de violencia de pareja, aunque

se pueden mencionar las relaciones sexuales, los intentos de suicidio, los episodios de ingesta excesiva de bebidas alcohólicas y las peleas físicas (Centers for Disease Control and Prevention, 2006; Rivera-Rivera et al., en prensa). Ackard y Neumark-Sztainer (2002) estudiaron la relación entre haber sido víctima de violencia de pareja y de violación, con un conjunto de dificultades y conductas de riesgo para la salud, con base en los datos proporcionados por 81.247 estudiantes de noveno a duodécimo grado de las escuelas públicas de Minnesota (Estados Unidos), 40.301 varones y 40.946 mujeres en total. Los investigadores encontraron que los y las estudiantes que habían sido objeto de esas dos formas de violencia, tenían una mayor probabilidad de recurrir a conductas inapropiadas para el control del peso (v. g., uso de laxativos, vómito y pastillas para hacer dieta), así como más pensamientos e intentos suicidas y puntuaciones más bajas en medidas de autoestima y bienestar emocional.

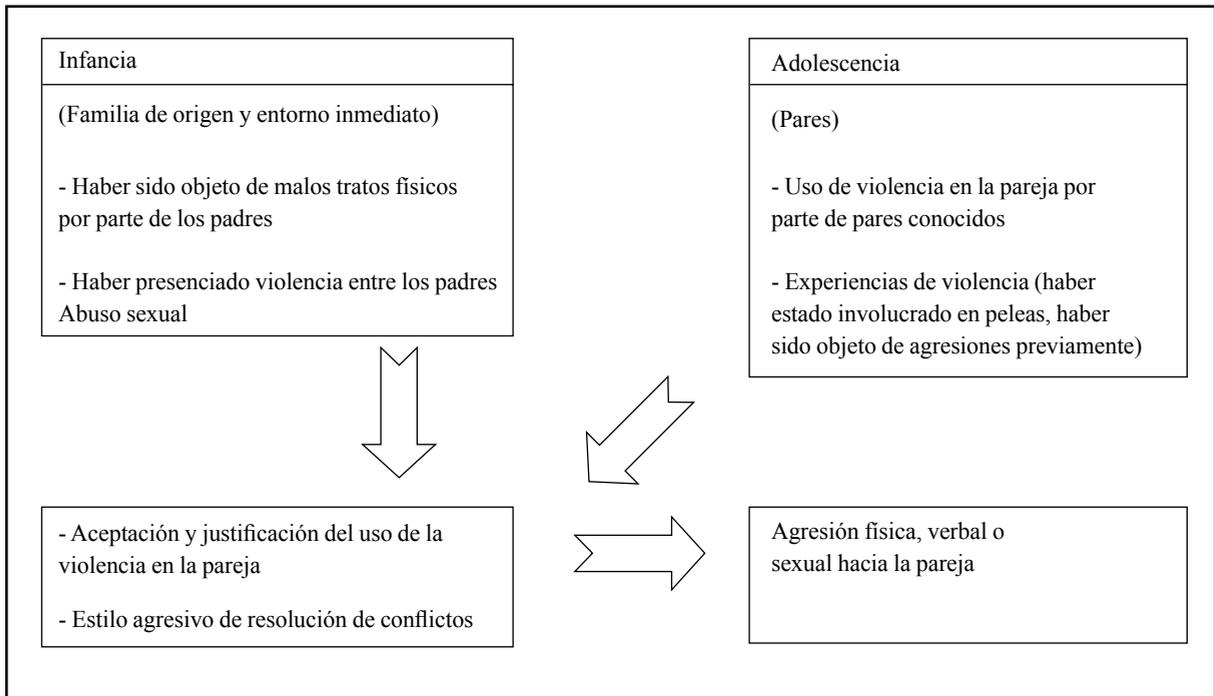
Conclusiones

Evidentemente, las cifras de prevalencia de la violencia en las parejas de adolescentes y adultos jóvenes que son novios o que simplemente salen, así como las múltiples dificultades de salud física y mental encontradas tanto en los victimarios como en las víctimas de dicha violencia, señalan que esta es una problemática que merece mayor atención y que su relevancia debería ser parecida a la de la violencia marital. Los datos de los estudios que muestran que las víctimas de dicha violencia tienden a la revictimización, señalan claramente que dichos adolescentes y jóvenes adultos serán los adultos victimizados por su pareja durante el matrimonio o la convivencia, por lo que deberían ser objeto de campañas de identificación y prevención de la violencia de pareja, junto con los victimarios. Es importante destacar, en ese sentido, que si bien se ha considerado que la violencia en el noviazgo podría predecir la violencia durante la convivencia (Browne y Herbert, 1997; Rodríguez, Antuña y Rodríguez, 2001; Sarquis, 1995), no existen estudios retrospectivos o de tipo longitudinal que confirmen esta relación.

Los estudios que se han centrado en determinar las dificultades de salud que podrían estar relacionadas con esta forma de violencia, han encontrado, por otra parte, varios tipos de problemáticas comunes tanto para las víctimas como para los victimarios de la misma (v. g., consumo abusivo de bebidas alcohólicas, ingesta de drogas, conductas sexuales riesgosas), lo que indica que tanto unos como otros son expuestos a los mismos factores de riesgo, independientemente de su papel en los actos agresivos. La investigación sobre los factores de riesgo ha mostrado, en general, una comunalidad en dichos factores de riesgo, que hace difícil elaborar un perfil diferencial, tal como lo han sugerido Lewis y Fremouw (2001).

En el caso de los y las adolescentes en riesgo de ejercer actos de violencia hacia su pareja, la evidencia encontrada permite elaborar un perfil preliminar que incluye los siguientes factores de riesgo: observación de violencia entre los padres, haber sido víctima de malos tratos en la familia de origen o en otros entornos, tener conocidos que han ejercido esta forma de violencia, aceptación y justificación de actitudes o conductas agresivas en la pareja y un estilo agresivo de resolución de conflictos. Es evidente que las experiencias de violencia en la familia de origen y en otros entornos importantes para el individuo (v. g., escuela, comunidad), así como el conocimiento del ejercicio de actos agresivos entre pares conocidos, constituyen modelos de aprendizaje y de respaldo cultural para que dichos adolescentes se conviertan en victimarios de violencia hacia su pareja (véase la figura 1).

Debido a que las diferencias en las tasas de prevalencia por sexo de esta forma de violencia no son tan sustanciales como las de violencia en parejas casadas o conviviendo, se hace necesario profundizar en las expectativas y roles de género tanto de las víctimas como de los victimarios de la misma. Si bien parece que los roles tradicionales de género desempeñan un papel importante en la realización de actos violentos por parte de los varones, de manera similar a los varones casados (véase, por ejemplo, Duarte, Rodríguez y Rey, 2003), en el caso de las mujeres no resultan claros los factores culturales y contextuales que conllevan el ejercicio de actos de violencia hacia su pareja, si bien esta-



Fuente: elaboración propia

rían mediadas por una fuerte respuesta emocional ante situaciones de inequidad dentro de la pareja (v.g., por infidelidad del compañero, etc.). La violencia entre parejas jóvenes de *gays*, lesbianas y bisexuales representa un gran reto en ese sentido, si se asume que los roles de género operan en estas personas de una manera distinta. Se debe destacar, en todo caso, que no existe mucha información sobre la violencia de pareja en personas con estas orientaciones sexuales.

Por otra parte, si bien existen varios avances en relación con las posibles consecuencias psicológicas y psicopatológicas de dicha violencia, es extraño que no se cuente con estudios sobre la prevalencia en dicha población, de los desordenes mentales contemplados en el Eje I del Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales de la Asociación Psiquiátrica Americana (2002). Debido a la presencia frecuente de conductas inapropiadas para el control del peso en las víctimas de dicha forma de

violencia, es de prever una frecuencia significativa de adolescentes con trastornos alimentarios dentro de la misma, así como con desordenes del estado de ánimo, disociativos y de ansiedad. Es importante destacar, en ese sentido, la falta de estudios longitudinales que den cuenta de las consecuencias psicológicas y psicopatológicas de dicha violencia.

Finalmente, vale la pena resaltar la aparente ausencia de investigaciones en las que se dé cuenta de las características de los adolescentes y adultos jóvenes que ejercen y han sido víctimas de violencia por parte de su pareja, ya que generalmente los estudios discriminan a los participantes categóricamente como víctimas o victimarios. Estos estudios ayudarían a incrementar decididamente los conocimientos sobre los factores individuales, familiares, sociales y situacionales que conducen a la perpetración y/o victimización por esta forma de violencia.

Referencias

- Ackard, D. M. & Neumark-Sztainer, D. (2002). Date violence and date rape among adolescents: Associations with disordered eating behaviors and psychological health. *Child Abuse & Neglect*, 26, 455–473.
- Asociación Psiquiátrica Americana (2002). *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales, cuarta versión, texto revisado*. Barcelona: Masson.
- Barker, G. & Loewenstein, I. (1997). Where the boys are: Attitudes related to masculinity, fatherhood, and violence toward women among low-income adolescent and young adult males in Rio de Janeiro, Brazil. *Youth and Society*, 29 (2), 166-196.
- Bonino, L. (1999). *Violencia de género y prevención. El problema de la violencia masculina*. Madrid: UNAF.
- Browne, K. & Herbert, M. (1997). *Preventing family violence*. Chichester: John Wiley & Sons.
- Carlson, B. E. (1990). Adolescent observers of marital violence. *Journal of Family Violence*, 5 (4), 285-299.
- Centers for Disease Control and Prevention (2006). Physical dating violence among High School students, United States, 2003. *Morbidity and Mortality Weekly Report*, 55 (19), 532-535.
- Close, S. M. (2005). Dating violence prevention in middle school and high school youth. *Journal of Child and Adolescent Psychiatric Nursing*, 18 (1), 2-9.
- Cornelius, T. L. & Resseguie, N. (2007). Primary and secondary prevention programs for dating violence: A review of the literature. *Aggression and Violent Behavior*, 12, 364–375.
- Corsi, J. (1995). El varón violento. En J. Corsi, M. Dohmen, M. Sotés & L. Bonino (Eds.), *Violencia masculina en la pareja: una aproximación al diagnóstico y a los modelos de intervención* (pp. 11-40). Buenos Aires: Paidós.
- Chase, K. A., Treboux, D. & O’Leary, K. D. (2002). Characteristics of high-risk adolescents’ dating violence. *Journal of Interpersonal Violence*, 17 (1), 33-49.
- Chung, D. (2005). Violence, control, romance and gender equality: Young women and heterosexual relationships. *Women’s Studies International Forum*, 28, 445–455.
- Duarte, D. M., Rodríguez, P. A. y Rey, C. A. (Dir.) (2003). Características psicológicas de hombres y mujeres involucrados en una relación conyugal con episodios de violencia. Tesis de grado no publicada, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Fernández-Montalvo, J. & Echeburúa, E. (1997). Variables psicopatológicas y distorsiones cognitivas de los maltratadores en el hogar: Un análisis descriptivo. *Análisis y Modificación de Conducta*, 23 (88), 151-180.
- Foshee, V. A., Bauman, K. E. & Linder, G. F. (1999). Family violence and the perpetration of adolescent dating violence: Examining social learning and social control processes. *Journal of Marriage and the Family*, 61 (2), 331-342.
- Foshee, V. A., Benefield, T. S., Ennett, S. T., Bauman, K. E. & Suchindran, C. (2004). Longitudinal predictors of serious physical and sexual dating violence victimization during adolescence. *Preventive Medicine*, 39, 1007–1016.
- Fredland, N. M., Ricardo, I. B., Campbell, J. C., Sharps, P. W., et al. (2005). The Meaning of dating violence in the lives of Middle School adolescents: A report of a focus group study. *Journal of School Violence*, 4 (2), 95-114.
- Freedner, N., Freed, L. H., Yang, W. & Austin, S. B. (2002). Dating violence among gay, lesbian, and bisexual adolescents: Results from a community survey. *Journal of Adolescent Health*, 31, 469-474.
- Gagné, M. H., Lavoie, F. & Hébert, M. (2005). Victimization during childhood and revictimization in dating relationships in adolescent girls. *Child Abuse & Neglect*, 29, 1155–1172.
- Guerrero, O., Velandia, E., Morales, A., Hurtado, M. Puyana, Y. & Bernal, V. (2001). *Reflexiones sobre violencia de pareja y relaciones de género*. Bogotá: Haz Paz.
- Hanson, R. F. (2002). Adolescent dating violence: Prevalence and psychological outcomes. *Child Abuse & Neglect*, 26, 449-453.
- Howard, D. E. & Wang, M. Q. (2003). Risk profiles of adolescent girls who were victims of dating violence. *Adolescence*, 38, 1-14.

- Instituto Colombiano de Medicina Legal y Ciencias Forenses (2005). *Forensis: Datos para la vida*. Bogotá: Autor.
- Klevens, J. (2001). *Prevalencia y marcadores de riesgo entre mujeres que consultan la red pública de servicios de salud en Bogotá*. Bogotá: Secretaría Distrital de Salud.
- Kinsfogel, K. M. & Grych, J. H. (2004). Interparental conflict and adolescent dating relationships: Integrating cognitive, emotional, and peer influences. *Journal of Family Psychology, 18* (3), 505-515.
- Kreiter, S., Krowchuk, D. P., Woods, C. R., Sinal, S. H., Lawless, M. R. & Durant, R. H. (1999). Gender differences in risk behaviors among adolescents who experience date fighting. *Pediatrics, 104* (6), 1286-1292.
- Krug, E. G., Dahlberg, L. L., Mercy, J. A., Zwi, A. B. & Lozano, R. (2003). *Informe mundial sobre la violencia y la salud*. Washington: Organización Mundial de la Salud.
- Langhinrichsen-Rohling, J., Neidig, P. & Thorn, G. (1995). Violent marriages: Gender differences in levels of current violence and past abuse. *Journal of Family Violence, 10* (2), 159-176.
- Lewis, S. F. & Fremouw, W. (2001). Dating violence: A critical review of the literature. *Clinical Psychology Review, 21* (1), 105-127.
- Matud, M. P. (2007). Dating violence and domestic violence (editorial). *Journal of Adolescent Health, 40*, 295-297.
- Matud, M. P., Marrero, R. J., Carballeira, M., Pérez, M., Correa, M. L., Aguilera, B. & Sánchez, T. (2003). Transmisión intergeneracional de la violencia doméstica. *Psicología Conductual, 11* (1), 25-40.
- Miller, J. & White, N. A. (2003). Gender and adolescent relationship violence: A contextual examination. *Criminology, 41* (4), 1207-1248.
- Ministerio de Salud de Colombia. (1999). *Norma para el diagnóstico y atención integral de mujer maltratada*. Bogotá: Autor.
- Muñoz-Rivas, M. J., Graña, J. L., O'Leary, K. D. & González, M. P. (2007). Aggression in adolescent dating relationships: Prevalence, justification, and health consequences. *Journal of Adolescent Health, 40*, 298-304.
- Molidor, C. E. (1995). Gender differences of psychological abuse in high school dating relationships. *Child and Adolescent Social Work, 12* (2), 119-134.
- Navarro Góngora, J. & Pereira Miragaia, J. (2000). *Parejas en situaciones especiales*. Barcelona: Paidós.
- O'Leary, K. D. & Smith Slep, A. M. (2003). A dyadic longitudinal model of adolescent dating aggression. *Journal of Clinical Child and Adolescent Psychology, 32* (3), 314-327.
- O'Keefe, M. (1998). Factors mediating the link between witnessing interparental violence and dating violence. *Journal of Family Violence, 13* (1), 39-57.
- Rey, C. A. (2002). Rasgos sociodemográficos e historia de maltrato en la familia de origen, de un grupo de hombres que han ejercido violencia hacia su pareja y de un grupo de mujeres víctimas de este tipo de violencia. *Revista Colombiana de Psicología, 11*, 81-90.
- Rich, C. L., Gidycz, C. A., Warkentin, J. B., Loh, C. & Weiland, P. (2005). Child and adolescent abuse and subsequent victimization: A prospective study. *Child Abuse & Neglect, 29*, 1373-1394.
- Rivera-Rivera, L., Allen-Leigh, B., Rodríguez-Ortega, G., Chávez-Ayala, R. & Lazcano-Ponce, E. (2007). Prevalence and correlates of adolescent dating violence: Baseline study of a cohort of 7960 male and female Mexican public school students. *Preventive Medicine, 44* (6), 477-484.
- Roberts, T. A., Auinger, P. & Klein, J. D. (2005). Intimate partner abuse and the reproductive health of sexually active female adolescents. *Journal of Adolescent Health, 36*, 380-385.
- Rodríguez Franco, L., Antuña, M. A. & Rodríguez, F. J. (2001). Psicología y violencia doméstica: Un nuevo reto hacia un viejo problema. *Acta Colombiana de Psicología, 6*, 67-76.
- Rubiano, N., Hernández, A., Molina, C., Gutiérrez, M. & Vejarano, M. (2003). *Conflicto y violencia intrafamiliar*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- Sarquis, C. (1995). *Introducción al estudio de la pareja humana*. Santiago: Universidad Católica de Chile.

- Sears, H. A., Byers, E. S. & Price, E. L. (2007). The co-occurrence of adolescent boys' and girls' use of psychologically, physically, and sexually abusive behaviours in their dating relationships. *Journal of Adolescence*, 30, 487-504.
- Schiff, M. & Zeira, A. (2005). Dating violence and sexual risk behaviors in a sample of at-risk Israeli youth. *Child Abuse & Neglect*, 29, 1249-1263.
- Silverman, J. G., Raj, A., Mucci, L. A. & Hathaway, J. E. (2001). Dating violence against adolescent girls and associated substance use, unhealthy weight control, sexual risk behavior, pregnancy, and suicidality. *Journal of the American Medical Association*, 286, 572-579.
- Simons, R. & Johnson, C. (1998). An examination of competing explanations for the intergenerational transmission of domestic violence. En T. Daniel (Ed.), *International Handbook of multigenerational legacies of trauma* (pp. 553-570). Nueva York: Plenum.
- Smith, A., Winokur, K. & Palenski, J. (2005). What is dating violence? An exploratory study of Hispanic adolescent definitions. *Journal of Ethnicity in Criminal Justice*, 3 (1/2), 1-20.
- Smith, P. H., White, J. W. & Holland, L. J. (2003). A longitudinal perspective on dating violence among adolescent and college-age women. *American Journal of Public Health*, 93 (7), 1104-1109.
- Stordeur, R. & Stille R. (1989). *Ending men's violence against their partners: One road to peace*. Newbury Park: Sage.
- Sugarman, D. B., & Hotaling, G. T. (1989). Dating violence: Prevalence, context, and risk markers. En M. Pirog-Good & J. Stets (Eds.), *Violence and dating relationships* (pp. 3-32). Nueva York: Praeger.
- Weisz, A. N., Tolman, R. M., Callahan, M. R., Saunders, D. G. & Black, B. M. (2007). Informal helpers' responses when adolescents tell them about dating violence or romantic relationship problems. *Journal of Adolescence*, 30 (5), 853-858.
- Wolfe, D. A.; Wekerle, C., Gough, R., Rietzel-Jaffe, D., Grasley, C., Pittman, A. et al. (1996). *Youth relationships manual: A group approach with adolescents for the prevention of woman abuse and the promotion of healthy relationships*. Thousand Oaks, CA: Sage.
- Wolfe, D. A., Scott, K., Wekerle, C. & Pittman, A. (2001). Child maltreatment: Risk of adjustment problems and dating violence in adolescence. *Journal of the American Academy of Child & Adolescent Psychiatry*, 40 (3), 282-289.
- Yanes Cedrés, J. M. & González Méndez, R. (2000). Correlatos cognitivos asociados a la experiencia de violencia interparental. *Psicothema*, 12 (1), 41-48.

Fecha de recepción: junio de 2007
Fecha de aceptación: enero de 2008